

¿INDIO O INDÍGENA?

CUESTIONAMIENTO AL USO INDEBIDO DE LA PALABRA INDIO EN NUESTRO PAÍS

Por: Sixto Alejandro Estrada Ochante

No hubo ni hay indios en el Perú, salvo los individuos procedentes de la India y presentes en nuestro país por algún motivo. La misma consideración cabe esgrimir con relación a la población originaria del continente americano, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. La palabra *indio* tiene su origen en la ingenua creencia del gran navegante genovés Cristóbal Colón, quien, para emprender la aventura que le trajo a nuestro continente, se aferraba al supuesto de que siendo nuestro planeta de forma esférica es posible llegar al extremo oriental de la India a fuerza de navegar hacia occidente.

Cuando el 12 de octubre del año 1492, luego de un prolongado y penoso viaje de setenta días, Colón llegó a la isla antillana de Guanahani (rebautizada luego como San Salvador), encontró a la población aborígen (del grupo Lucano o Taíno) con características físicas visiblemente diferentes de la población europea. Colón, seguro de haber llegado al extremo oriental de la India, llamó *indios* a estos habitantes y, bien sabemos que este intrépido navegante estaba convencido de ello hasta su muerte. Después de la muerte de Colón, cartógrafos y navegantes llegaron a la conclusión de que no se trataba de la India, sino de un nuevo continente cuya existencia desconocían los europeos hasta entonces.

Sin embargo, la equivocada denominación que Colón dio a los habitantes originarios del continente americano fue intencionadamente mantenida por los españoles, cargándole al término significaciones peyorativas y envilecedoras, hasta convertirlo en un insulto y un baldón degradantes con el transcurso del tiempo, para utilizarlo así incluso en nuestros días. Se usa frecuentemente como una injuria, y, lo peor del asunto es que notables intelectuales de nuestro país han hecho uso de esta palabra sin poner en tela de juicio sus orígenes y su vigencia. Palabra admitida en el vocabulario de muchos sociólogos de prestigio en el siglo XX, que han convenido en establecer cierta geografía “racial” del país, calificando a los departamentos de Puno, Cusco, Apurímac, Ayacucho, Huancavelica, Junín, Pasco y Huánuco como el escenario de la “mancha india”, es decir, el ámbito geográfico donde hay una fuerte presencia de la población llamada india.

La utilización de esta palabra para referirse a la población originaria del Perú, así como a la del continente americano, denota cierta intencionada ignorancia sobre sus orígenes. Aun cuando quienes usan con frecuencia esta palabra digan que lo hacen sin intención racista, el efecto inevitable es que está cargado de racismo, tal como lo hacían los españoles y siguen haciéndolo quienes presumen ser descendientes directos de aquellos que violentamente irrumpieron en nuestro país, lo saquearon sus recursos más

preciados, practicaron el genocidio sistemático durante siglos y envilecieron a sus habitantes física y culturalmente.

La población a la que se ha venido llamando indio no es tal, pues la correcta denominación de ese grupo humano es *INDÍGENA*, término éste que proviene de su similar latino *indígena*, que el *Diccionario de la Lengua Española* lo define así: “Originario del país de que se trata”. Indígena es, entonces, aquella población que habita determinado territorio desde tiempo inmemorial, desde sus lejanos antepasados. Cabe añadir que la palabra indígena no tiene ningún parentesco lingüístico con el vocablo indio, por lo que no deriva de este término, pues, como reiteramos, proviene del latín, con su significación prístina ya mencionada. Desde este punto de vista, bien podemos decir -sin riesgo de equívocos- que el Tahuantinsuyo ha sido violentamente invadido por las huestes indígenas de la Península Ibérica en el siglo XVI, y, al expresar esto, no estaríamos faltando a la verdad ni tendríamos el ánimo de ofender a la memoria de los llamados conquistadores.

Si a pesar de esta constatación alguien persistiera en utilizar la palabra *indio* para referirse al *indígena*, incurriría en una suerte de aberración conceptual, o estaría asumiendo una posición racista con la manifiesta intención de injuriar a la persona o al grupo humano al que se dirige. Ya es tiempo de dar al traste con estas taras racistas en nuestro país, que nos tiene divididos y enfrentados a los peruanos; debemos cambiar radicalmente de actitud y procurar la cohesión de todos los peruanos en pos de construir aquí una gran nación. ¿Es que vamos a conformarnos con el lugar que ocupamos en el mundo? El nuestro es un país tercermundista que vive recibiendo ayudas de los países desarrollados, no porque ocupemos un territorio pobre en recursos, sino por nuestra propia desidia, como venimos mostrando al mundo en casi dos siglos de inercia social.

Tengamos en cuenta que dentro de catorce años, sí, sólo dentro de catorce años, estaremos preparando con entusiasmo patriótico la celebración del bicentenario de la República Peruana, es decir, el acontecimiento histórico que nos hizo emerger de las tinieblas del colonialismo al concierto de las naciones libres del mundo. ¡Dos siglos de historia republicana! ¿Cuánto habremos avanzado para entonces en los campos económico, social, político, científico-tecnológico? Si en los ciento ochenta y cinco años transcurridos hemos caminado tan lentamente, ¿qué nos haría pensar que vamos a dar un salto? Sabemos que no sólo se trata de un crecimiento económico lineal, sino de alcanzar un auténtico desarrollo con equidad, por lo menos para una abrumadora mayoría de los peruanos.

Lima, 28 de marzo de 2007.